

Cuadernos de Aletheia

2020

Diario de la pandemia

Aletheia, Cuaderno N°4, Diciembre 2020, ISSN: 1853-3701

Diario de la pandemia

Coordinadores/as de este número

Laura Lenci

Andrea Raina

Lucas Saporosi

Índice

<i>Introducción</i>	<i>pág. 2</i>
<i>El tiempo de la pandemia</i>	
<i>Emiliano Tavernini</i>	<i>pág. 8</i>
<i>Laura Lenci</i>	<i>pág. 10</i>
<i>La militancia en épocas inéditas</i>	
<i>Paula Zubillaga</i>	<i>pág. 14</i>
<i>Alejandra Oberti y Claudia Bacci</i>	<i>pág. 17</i>
<i>Javiera Robles Recabarren</i>	<i>pág. 27</i>
<i>El trabajo dislocado</i>	
<i>Laura Codaro</i>	<i>pág. 35</i>
<i>Giselle Brown y Sabrina Rosas</i>	<i>pág. 39</i>
<i>Lucas Saporosi</i>	<i>pág. 47</i>
<i>Lejos de Casa</i>	
<i>Daniel Lvovich</i>	<i>pág. 53</i>
<i>Celeste Cabral</i>	<i>pág. 59</i>
<i>Andrea Raina</i>	<i>pág. 65</i>
<i>María de los Ángeles Figueroa</i>	<i>pág. 71</i>

Introducción.

Cuando las noticias de la pandemia se fueron propagando por el mundo, desde el equipo de redacción de Aletheia pensamos que era interesante armar un Cuaderno de la Revista que recorriera las experiencias que estábamos teniendo ante las nuevas circunstancias, inéditas, excepcionales, desconcertantes, desarticulantes.

En un principio pensamos en armar un espacio de expresión de quienes estamos en el equipo, una especie de cadáver exquisito en el que las identidades de quienes escribiéramos se fueran borrando en la experiencia colectiva del trabajo, de la militancia, de la escritura, de la situación de los derechos humanos en tiempos de pandemia. Nos parecía interesante esa idea porque, entre otras de las características de nuestro hermoso colectivo de trabajo, hay compañeros en diferentes situaciones, con distintas ocupaciones, en lugares repartidos a lo largo de América y el mundo.

A medida que fuimos recibiendo los aportes, nos dimos cuenta de que en realidad se nos iban armando secciones, y que la experiencia, un concepto que tiene tanta centralidad tanto en la historia como en la memoria, organizaba el Cuaderno casi sin que nosotros, quienes nos propusimos editarlo, tuviéramos tanta injerencia.

A partir de entonces, fuimos organizando las secciones del cuaderno, leyendo los textos uno a uno, con los tiempos iguales y cambiantes de la pandemia. Finalmente, luego de leer los textos todos juntos, nos dimos cuenta de que el cuaderno funcionaba casi como un diario

íntimo colectivo, en el que las subjetividades de las vidas cotidianas armaban una polifonía de experiencias, diversas pero coherentes.

Por último, en estos tiempos excepcionales, hemos pensado en ciertas características peculiares respecto del formato. Buscamos que, en su dimensión visual, el Cuaderno reflejara, en la medida de lo posible, el registro subjetivo y casi íntimo de las intervenciones.

El Cuaderno está estructurado en cuatro secciones. La primera, “El tiempo de la pandemia”, tiene dos textos. Uno de Laura Lenci, que es profesora en Historia de la UNLP, que se centra en las percepciones del tiempo de esta peste y de las pestes históricas, y en las incertidumbres que estas coyunturas plantean a los futuros posibles.

El segundo de los escritos es el de Emiliano Tavernini, que es profesor en Letras y Magister en Historia y Memoria de la UNLP. Emiliano reflexiona e hipotetiza acerca del tiempo y la repetición durante la pandemia, pero no en cualquier forma de la repetición sino en la de la música: parecería que en tiempo de pandemia, nos dice Emiliano, “lo único real es la poesía y la memoria”.

La segunda sección se llama “La militancia en épocas inéditas” y cuenta con tres intervenciones. Paula Zubillaga, Profesora de Historia y Magister en Historia y Memoria reflexiona acerca de la vida en binomio pandemia / cuarentena como historiadora, como docente. También cuenta cómo este tiempo afectó las formas de su compromiso, como familiar de un detenido desaparecido, en una efeméride como el 24 de marzo, pero también en la cotidianeidad.

Alejandra Oberti y Claudia Bacci son sociólogas, docentes

y militantes feministas desde hace muchos años. En su escrito ellas reconstruyen la experiencia de la Asamblea de Trabajadoras en Tiempos de Pandemia. El texto muestra cómo el movimiento feminista, que ha tenido a la calle como lugar privilegiado, logró reconstruirse en medio del ASPO, porque, como dicen las autoras, “Nuestras vidas, nuestro trabajo y nuestros derechos no están en cuarentena”.

Finalmente, Javiera Robles Recabarren cuenta desde Santiago de Chile la experiencia de la militancia en una temporalidad más larga: la de las protestas que comenzaron en octubre de 2019 que se enancan con la pandemia desde marzo de 2020. En el texto de Javiera podemos ver cómo, en las poblaciones pobres de Santiago, la disyuntiva fue “morir del virus o morir de hambre”, y cómo la salida colectiva de las ollas comunitarias resultaron las respuestas militantes -y feministas- a un dilema que parecía sin salidas.

La tercera sección, “El trabajo dislocado”, se orienta a reflexionar sobre los efectos de la pandemia en nuestras experiencias de trabajo y condiciones laborales. El texto de Laura Codaro, docente y Magister en Historia y Memoria, reflexiona sobre su rol docente en las aulas virtuales y cómo éste se entrecruzó con la vida familiar y las prácticas domésticas. “Poner el cuerpo”, dice Laura, como una forma de narrar esa experiencia y de resituar la importancia de la subjetividad; los afectos y las sensaciones corporales en el trabajo en pandemia.

El texto de Giselle Brown y de Sabrina Rosas, ambas docentes y militantes feministas, también proponen una mirada reflexiva desde el trabajo docente. Muestran las tensiones que surgieron al redefinir las

prácticas educativas en la virtualidad y transforman en preguntas las dificultades personales y colectivas referidas a cómo encarar el proceso de enseñanza-aprendizaje. En el texto, las desigualdades estructurales, la brecha digital y la incorporación de la ESI constituyen ejes centrales para pensar la tarea docente en pandemia.

El último texto de la sección es el de Lucas Saporosi, docente y becario doctoral. Allí, narra la experiencia de escritura de su tesis de doctorado en pandemia y cuenta las distintas dificultades y estados por los que atravesó su proceso.

La última sección lleva el nombre “Lejos de casa” y se centra en las experiencias de vida alejadas de los territorios afectivos, personales y familiares durante la pandemia. Todas las crónicas están atravesadas por reflexiones personales que intentan poner en palabras los miedos y las incertidumbres de vivir una situación como esta en lugares distantes y ajenos.

El primer texto es de Daniel Lvovich, historiador, docente e investigador, a quien la pandemia lo encontró en Santander, España. Su crónica narra las vivencias personales en la ciudad española luego de que el gobierno dictara el Estado de Alarma, el 14 de marzo. También reflexiona sobre las movilizaciones políticas y los discursos de las derechas frente a este inédito contexto.

El segundo corresponde a la experiencia de Celeste Cabral, licenciada en letras y docente, en Virginia, Estados Unidos. Su texto reconstruye las estrategias personales para sobrellevar los efectos de la crisis sanitaria y económica en un país cuyo manejo de la pandemia

provocó terribles consecuencias para la población. También, articula las acciones de denuncia para visibilizar esos efectos con las movilizaciones impulsadas por la población negra y el movimiento Black Lives Matter en contra del accionar policial.

La crónica de Andrea Raina, historiadora y docente, reconstruye sus vivencias en el barrio del Albaicín en Granada, España, donde se encontraba viviendo por encontrarse en una estancia de investigación. Su texto está atravesado por la experiencia de construir una comunidad plurinacional para acompañar el momento de la pandemia. Allí cuenta cómo los habitantes del departamento en el cual se alojaba, se organizaron para transitar las dificultades que surgían y enfrentar conjuntamente la lejanía

Y, por último, el texto de María de los Ángeles Figueroa, quien la pandemia la encontró privada de su libertad. María de los Ángeles participó del Taller de Escritura en el marco del Programa de Acompañamiento a Estudiantes Privados/as de la Libertad (PAEPL) de la FaHCE-UNLP. Su relato se centra en la experiencia dentro de la unidad penal y narra el modo en que las mujeres detenidas fueron viviendo la propagación del virus en el país y al interior de la cárcel. La autora construye una reflexión acerca de cómo se gestionaba la información sobre la pandemia, las implicancias para las detenidas por la suspensión de las visitas de familiares y el recorrido para obtener el arresto domiciliario.

*Laura Lenci
Lucas Saporosi
Andrea Raina*

El tiempo de la pandemia

26 de junio de 2020

Mucho se ha reflexionado sobre la experiencia del tiempo para una subjetividad en cuarentena. Quizá el tiempo como insomnio sea lo que más se acerca a lo que experimenté desde el 20 de marzo de 2020. Un tiempo detenido en el propio cuerpo pero que se acelera de manera imperceptible en el entorno, en las exigencias y los cronogramas laborales, que se agolpan en un pasado que no sabíamos que ya pasó. Advertimos que no estamos en un páramo cuando nos reunimos a escuchar el nuevo anuncio presidencial. La vida, antes regulada por 24 horas reloj, se estiró como un chicle a lo largo de 15 días, es decir 360 horas. ¿Qué ocurrió durante ese lapso? Nos preguntamos con cierta incredulidad. Varios signos podrían dar cuenta de esta nueva experiencia globalizada, pero hay uno que me llama poderosamente la atención: la manifestación musical de los mundos perdidos.

Todo comenzó cuando en medio del sonambulismo cotidiano advertí que un vecino ponía a todo volumen "Take on me" de A-Ha con cierta regularidad: todos los días a las 16 hs., no una vez, sino durante al menos media hora. Entonces, un tema de una duración de 3 minutos y 45 segundos se prolonga en mi manzana por 30 minutos, repitiéndose 8 veces o más (los domingos). Este primer caso, me llevó a constatar otros semejantes, el de otro vecino que a las 21 hs. siempre pone el Himno Nacional argentino, el de mi compañera que estuvo varios días escuchando "Besos" de Sue Mon Mont por lo general alrededor de las 11 hs., la almacenera de la esquina que a eso de las 13 hs. repite como

un mantra “Under pressure” de Bowie y Queen, o un amigo que me comentaba que no podía quitarse de la cabeza “El murguero oriental” de Tabaré Cardozo (desconozco cuántas veces y a qué hora lo repite en su equipo musical), y así sucesivamente. Yo mismo reproduje infinita cantidad de veces “Independence day” de David Byrne a lo largo de estos exdías. La cuestión radicaría en preguntarnos ¿A qué nos aferramos con esas melodías? ¿Qué nostalgia de secuencias perdidas reponen aparentes loops eternos?

Hipótesis varias: 1) al perder el contacto físico con otras personas no logramos resetear nuestra frecuencia y esta queda detenida, 2) poco a poco perdemos la regulación social del tiempo como convención/coherción y esta se convierte en una narración absurda sin apoyatura material, lo único real es la poesía y la memoria, 3) la duración promedio de un tema musical, 3 minutos, es demasiado poco para un reloj de plastilina (García dixit), 4) El apocalipsis no nos encontrará peleando contra la insurrección de las máquinas, explorando nuevas galaxias, o reproduciendo el Big Bang en la frontera franco-suiza, sino que se precipitará con la furia de un trueno mientras giramos como cobayos en el tocadiscos de nuestra eterna música.

Emiliano Tavernini

17 de agosto de 2020

El tiempo de la peste

Al principio el tiempo no pasaba. Al principio de la peste el tiempo parecía suspendido, detenido. Al principio. Pero con el paso de las semanas y de los meses el tiempo empezó a volar en su nada misma. Un día, y otro día, y otro día, todos iguales. La única diferencia era la duración de las noches, que se iban alargando y que después empezaron a acortarse. Pero los días eran todos iguales, y volaban.

El tiempo de la peste envejece más que el tiempo común. Es un tiempo impío, cruel; es un tiempo que frunce los ceños, que tuerce los dedos, que mata los deseos. No hay deseos en el tiempo de la peste, sólo el deseo de que pase, de que se termine este tiempo. Cada día pasa más rápido que el anterior, cada día es menos que un día, es el instante de la repetición neurótica que se debe terminar, aunque el fin del tiempo sea la muerte.

El tiempo de la peste exaspera porque lo único que queda es esperar, por la mañana, que se haga la noche; y, a la noche, que amanezca. El tiempo de la peste no tiene pasado ni futuro, es presente absoluto. El tiempo de la peste no se mide en horas, ni en días, ni en semanas: se mide en contagios, en camas, en muertes. El tiempo de la peste no transcurre, no fluye, no corre como el viejo tiempo. Es un tiempo muerto, seco, que no devora a sus hijos sino que se devora a sí mismo.

* * *

¿Cómo transcurrió el tiempo en otras pestes? ¿Cómo fue, por ejemplo, el tiempo de la peste que azotó a estas tierras en las que estamos -lo que a

partir de ese momento se llamó América- cuando llegaron los conquistadores y, entre otras muchas cosas (los caballos, las armas de fuego, una nueva forma de dominación, la catástrofe demográfica, el pachakuti) trajeron la viruela, el sarampión y la sífilis? Me imagino que en esa peste el tiempo fue raudo, devorador, totalmente avasallante.

*Cada quien se castiga con lo que puede, pienso. Y entonces me castigo volviendo a ver *El séptimo sello*, la película de Ingman Bergman que transcurre durante la peste negra en la Europa medieval. Inolvidable la secuencia del auto castigo de los flagelantes. El tiempo de la peste de los flagelantes tiene algo que no tiene nuestro tiempo de la peste, que es el espacio: los flagelantes recorrían Europa autocastigándose. El caballero vive "la media hora de silencio", pero también tiene espacio, y le gana tiempo a la muerte jugando al ajedrez, en busca de encontrar el sentido de la vida -que la media hora de silencio de dios termine- antes de que la muerte se lo lleve.*

Y hay otro tiempo de peste en el que pienso: la fiebre amarilla que diezmó Buenos Aires entre 1870 y 1871. Esa peste cambió la geografía de la ciudad cuando los ricos abandonaron el sur de la ciudad y se fueron al norte (de la plaza de Mayo), y el sur terminó siendo el lugar donde aparecieron los conventillos -en las viejas casonas señoriales- para alojar a los inmigrantes que venían a blanquear a la población, blanqueamiento ayudado porque muchos morenos murieron por la peste. Entonces el tiempo de esa peste es el tiempo de eso que se denomina la consolidación del Estado Nacional, es decir un momento clave en el proceso de formación del estado y de la construcción de la nación.

El tiempo de las pestes es entonces engañoso: en la ínfima subjetividad de este presente absoluto es un tiempo árido o estéril, pero no caigamos en esa trampa porque esa es otra de las infamias de este tiempo sórdido y esquivo: nos hace creer que no pasa nada, pero este es un tiempo de cambios, que todavía no percibimos porque estamos distraídos por la peste. La historia lo dirá.

Laura Lenci

La militancia en épocas inéditas

15 de julio de 2020

Desde marzo nos encontramos envueltos en un mar de incertidumbre y ansiedad, estado al que a muchos se les ha sumado malestar, nerviosismo y/o malhumor. Nos enfrentamos a nosotros mismos y a nuestra realidad, encerrados en la subjetividad de la propia experiencia singular. Cada cuarentena/aislamiento es particular, aunque sea una experiencia que se multiplica innumerables veces. En este contexto (igual pero distinto) de "tiempo suspendido" o "entre-tiempo", como quieren nombrarlo algunos, me siento una privilegiada. Me cuesta tener que escribir desde la comodidad de mi realidad. Desde el 16 de marzo no transito por el conurbano bonaerense y realizo "teletrabajo" desde mi casa.

Tengo un ingreso fijo mensual, poseo una computadora para mi uso exclusivo y tengo acceso a internet. ¿En qué me puede haber afectado una crisis sanitaria mundial? El trabajo académico-intelectual sufrió algunos cambios, por supuesto. No podemos realizar entrevistas en persona, no podemos acceder al trabajo en archivo y no podemos discutir nuestras producciones porque los congresos/encuentros/jornadas se fueron suspendiendo uno a uno y muy pocos han decidido mantenerlos en un formato virtual. Sin embargo el trabajo intelectual no se termina ahí y, pandemia o no, cuarentena o no, investigar (al menos en las ciencias sociales) suele ser una tarea muy solitaria que se puede realizar casi en cualquier lugar. Mi amigo y director Daniel Lvovich me compartió una imagen hace más de tres meses que nos representa bastante como colectivo: un historiador en la misma postura corporal,

arrojado sobre los papeles, y lo único que se modifica son las leyendas: historiador, historiador en cuarentena, historiador después de la cuarentena.

La forma de militar sí se modificó. Acostumbrada a las manifestaciones públicas y masivas, me cuesta practicarla de otra forma. El 24 de marzo fue un día extraño, aunque no por eso menos combativo. Sentí que traicionaba a mi tío por no marchar, así como desde marzo siento que lo traiciono por no poder volver a la comisaría 5ta (lugar donde lo vieron detenido).

La pandemia y el aislamiento físico (prefiero pensar que nos aislamos físicamente y no como sociedad) sí tuvieron un fuerte impacto en mi rol docente. Sostener una pedagogía crítica en un contexto de enseñanza mediada por tecnologías fue y es un desafío. Si bien tengo manejo de TICS y experiencia en enseñanza virtual (en rol de manager, docente, tutora y estudiante), esta experiencia fue totalmente distinta, porque los estudiantes no habían optado por cursar de forma virtual, sino que era la única forma de sostener la trayectoria. Los problemas que presentaron los estudiantes fueron múltiples (falta de un dispositivo, falta de acceso a internet, etc.) e hicieron que menos del 40% finalizara en la materia de primer año y menos del 50% en la materia del ingreso en donde dicto clases. Poder acompañarlos implicó muchas más horas de trabajo semanales y, en vistas de que el segundo cuatrimestre será virtual en la universidad en la que me desempeño, decidí hacer dos nuevos cursos sobre enseñanza mediada por tecnologías para sentirme más segura. Es evidente que por más que el docente maneje los saberes disciplinares, pedagógicos-didácticos y conocimientos tecnológicos, la enseñanza en entornos virtuales no reemplaza (ni reemplazará) la clase

presencial, el diálogo y los debates al interior de las aulas.

Lo que más me preocupa de esta crisis de salud mundial es la sociedad que nos deja: la ampliación/agudización/profundización de la desigualdad; los rebrotes de individualismo; las transformaciones del capitalismo para adaptarse a la nueva crisis económica. No deja de alarmarme la constante vulneración de derechos (los abusos policiales, la violencia de género, la violencia hacia pueblos originarios, etc.). Creo que la pandemia, el aislamiento y la virtualidad, más que transformar las cosas, vino a profundizarlas.

Por último no quiero dejar de mencionar esa idea, casi imperativo, que sobrevuela hace cuatro meses de “aprovechar el tiempo” como si tuviéramos “más tiempo” que antes para investigar, producir, trabajar, estudiar. El tiempo del que disponemos sigue siendo el mismo, no se detuvo, aunque claramente la autoexplotación a la que nos lleva el sistema no ha parado y creo que incluso en muchos casos se ha vuelto más peligrosa.

Paula Zubillaga

8 de noviembre de 2020

Asamblea De Trabajadoras en Tiempo de Pandemia

El 8 de marzo de 2020 las movilizaciones en conmemoración del Día Internacional de la Mujer se desplazaron al lunes 9 de marzo: queríamos mostrar en la calle y en el marco de la vida cotidiana la fuerza del feminismo para enlazar y sostener demandas políticas por nuestros derechos a una vida digna y a proyectos de vida libres de mandatos sociales heteropatriarcales. Fuimos impulsadas por la rabia por la violencia que sufrimos, por las intervenciones sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas y motivadas por la fuerza que da estar juntas luchando por nuestros derechos. Pero las acciones y movilizaciones ocuparon buena parte de ese fin de semana y se repitieron en las plazas y en las calles de todo el país. En la ciudad de Buenos Aires, comenzaron el sábado en el Parque Centenario con las acciones de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto legal, libre y gratuito, que nuevamente presentó (esta vez fue la octava) su proyecto de ley de interrupción voluntaria del embarazo, hasta el martes 10 que acudimos a la reapertura del Museo del Libro y de la Lengua con un ciclo de lectura de poesía que festejaba la diversidad sexual y la libertad creativa. Las marchas del lunes 9 de marzo se repitieron en distintas ciudades y fueron otra vez multitudinarias y atravesaron las plazas y las vías centrales de ciudades y pueblos de todo el país.

Esta dinámica de movilizaciones callejeras y de intervenciones públicas desde los feminismos se vio interrumpida de improviso con la declaración de la pandemia por la COVID-19 por la Organización

Mundial de la Salud primero, y luego por la declaración del gobierno recién asumido del inicio en todo el país del Aislamiento Social Obligatorio y Preventivo (ASPO). De pronto debíamos distanciarnos de nuestros afectos, “quedarnos en casa”, y tener la charla ocasional en la calle, sea con vecinos o allegadas, compañerxs de trabajo, estudiantes, las mil y una formas de contactos fortuitos o estrechos que transitamos diariamente. El 24 de marzo, por primera vez desde 1984, no pudimos ya salir a las calles a honrar la memoria de quienes fueron perseguidxs, encarceladas, asesinados y desaparecidxs durante los años funestos de la última dictadura. Aunque el dolor y la incertidumbre no impidieron estos actos de memoria, realizados de manera virtual en las redes sociales y desplegando símbolos en los espacios privados y comunes más próximos, el desconcierto y las sensaciones de peligro se hicieron carne y nos dejaron desamparadxs.

En ese contexto, la insistencia en la seguridad sanitaria de los espacios privados o domésticos para prevenir los contagios pronto mostró sus límites: las consultas por violencia de género crecieron de manera exponencial desde los primeros días y durante los meses de ASPO se registraron 219 femicidios y 91 travesticidios según el último informe del Observatorio Lucía Pérez (1), datos provisionales que tomamos porque los oficiales todavía son escasos, especialmente en relación a las formas y procesos de la violencia sexista contra mujeres, trans y travestis. Las dificultades de implementación en Argentina de este tipo de registros también expresan el carácter político de estas violencias y su profunda articulación con formas diversas de desigualdades.

Este recuento no tiene ánimo de prolegómeno, sino que es parte de los sentimientos y las reflexiones que durante estos últimos ocho meses nos animaron a reunirnos a muchas de nosotras, feministas provenientes de diferentes espacios políticos, ámbitos laborales y lugares del país en ruedas virtuales de conversación y de intervención pública. Porque si bien la manifestación callejera se plantea como un riesgo, sabemos que el aislamiento y la incomunicación son mucho más peligrosos cuando quedamos a merced de quienes nos violentan y maltratan “en casa”.

Así, apenas un mes después de iniciado el ASPO, confluimos compañeras de la Escuela de Feminismo Popular Norita Cortiñas y de la Asociación Argentina Historia de las Mujeres y Estudios de Género (AAIHMEG) en lo que llamamos Asamblea de Trabajadoras en Tiempos de Pandemia, en el lugar de encuentro común hoy a todas las situaciones de copresencia que fueron reemplazadas de manera veloz y sin mucha reflexión por “reuniones virtuales” a través de diversas plataformas digitales. Cada jueves, desde el 14 de abril, nos reunimos con el lema “Nuestros derechos no están en cuarentena” para pensar cómo la pandemia y el aislamiento nos afecta intensificando tensiones, conflictos y violencias laborales. Desde entonces, cada jueves, la asamblea ha reunido a un conjunto amplio y variado de trabajadoras de diferentes puntos del país (Catamarca, Misiones, Santa Fe, Jujuy, Neuquén, Río Negro, Mendoza, Buenos Aires, Entre Ríos, Chaco, Chubut, Tierra del Fuego, Tucumán, Córdoba, San Luis, entre otras provincias), y de diversas situaciones laborales, desde trabajadoras del

ámbito de la educación, estatales y del ámbito privado que han visto su trabajo transformado en “teletrabajo” de un día para otro, hasta trabajadoras de la economía social y popular, trabajadoras esenciales, encargadas de comedores y merenderos, trabajadoras sociales, vendedoras ambulantes, trabajadoras de casas particulares, muchas de ellas con actividades consideradas esenciales. Se expusieron las necesidades cotidianas de comunidades empobrecidas, feministas de diferentes ciudades del país, educadoras y gremialistas detallaron las múltiples demandas que las instituciones educativas imponen sin contención a sus trabajadorxs, trabajadoras de la cultura relataron las dificultades de subsistencia para una actividad que carece de regulaciones y depende del sostén estatal cuando excede los marcos estrechos del mercado cultural. Las desigualdades de género se hacen presentes en cada encuentro bajo la forma del cansancio por la superposición de tareas de cuidado, la falta de límites a la jornada virtual de trabajo, el desempleo acelerado y todas las dificultades que imponen las restricciones de circulación para los trabajos transitorios o precarizados.

En ese marco produjimos una serie de reflexiones colectivas sobre el modo en que las transformaciones vertiginosas que vivimos ponen al descubierto y extreman diversos aspectos de las desigualdades y violencias que sufrimos, marcadas por la norma heterosexista y cisgénero, por el racismo cotidiano y el clasismo, cuyas raíces son sociales e históricamente sostenidas y reproducidas. Estas reflexiones dieron lugar a tres grupos de intervención o “mesas de trabajo” desde los que nos propusimos realizar piezas para difundir las diferentes

problemáticas y articular con herramientas feministas de autocuidado y socialización de recursos (legales, organizativos, educativos, de salud, etc) disponibles desde las organizaciones sociales y el Estado en sus diferentes niveles. Así, en estas mesas de trabajo discutimos sobre nuestras realidades estructurales y coyunturales, disentimos y llegamos a acuerdos que se vieron reflejados en tres campañas que fueron difundidas a través de las redes sociales y medios alternativos: “Teleorganizadas”, “Trabajadoras esenciales” y una última sobre las múltiples condiciones de las violencias en el marco de la pandemia que se articuló en torno a la pregunta “¿A qué normalidad queremos volver?” desde la cual abordamos las políticas del cuidado, los racismos, las violencias de género, la salud y las avanzadas conservadoras en América Latina (2).

La campaña “Teleorganizadas” se enfocó en visibilizar el avance de la precarización y la vulneración de derechos laborales en las actuales condiciones de virtualización del trabajo, eso que se denomina como “teletrabajo” y que alude a un número creciente de formas remotas de trabajar, en una virtualización forzada por la pandemia a través de plataformas y redes digitales, que se articulan con la expansión de lo que se conoce ya como “capitalismo de plataformas”. Durante las primeras asambleas, la emergencia del teletrabajo nos mostraba la sobrecarga de tareas, la imposición de costos que excedían al salario usual y la dificultad para establecer límites a la jornada laboral y al alcance de las tareas y responsabilidades. Las casas y cocinas se transformaron de pronto en oficinas, consultorios y aulas, sin las condiciones ni la infraestructura de estos espacios de trabajo, superponiendo lo laboral,

lo doméstico y lo privado. Estas superposiciones y demandas, que los feminismos colocaron tempranamente como foco de sus críticas a la división sexual del trabajo y a la imposición de un orden social patriarcal y capitalista, parecían retornar como “solución” a las transformaciones de las relaciones laborales en el contexto de la pandemia.

En este contexto se discutió una reforma a la ley de Contrato de Trabajo para regular el “teletrabajo” (Ley 27.555) tratada de forma expés por el Congreso. Desde la Asamblea sostuvimos la necesidad de visibilizar el “lado B” del teletrabajo, que refuerza condiciones de vulnerabilidad de los trabajos más precarizados en el capitalismo de plataformas al dificultar la organización colectiva y la acción sindical, mientras las empresas que operan de este modo llevan adelante una forma singular de extractivismo con la recopilación y el uso de datos personales así como de aquellos producidos socialmente por medio de software de control de productividad de sus trabajadores, sin regulaciones claras o efectivas. Las regulaciones propuestas en la “ley de teletrabajo”, por otro lado, no refieren a la situación excepcional del ASPO si no que establecen nuevas disposiciones para el trabajo domiciliario y remoto que exceden esta coyuntura y que necesitamos conocer y discutir.

La campaña sobre lxs trabajadoras esenciales partió de la pregunta “¿Quién sostiene la vida?”, y se orientó a mostrar y movilizar las redes de cuidado, producción y sostenimiento de la vida cotidiana en/desde los territorios y los barrios. En esta campaña escuchamos y difundimos las voces de trabajadoras esenciales de la salud movilizadas

en las distintas provincias en los Comités Operativos de Emergencia por la COVID-19, mujeres campesinas que recuperan y transmiten formas de la agricultura ancestral, integrantes de organizaciones populares que se organizan como Promotoras de Salud y contra la violencia de género, trabajadoras de comedores populares de los barrios y villas de Buenos Aires, integrantes de organizaciones de comercio justo y consumo solidario que acercan productores y consumidores en la región del AMBA, generando la circulación de información, contención y cuidado en un contexto de crisis social y económica.

La campaña sobre las diversas formas de violencia en pandemia ¿A qué normalidad querés volver? fue producto de un diálogo sostenido durante semanas en las que se fueron hilando perspectivas y experiencias diversas sobre el modo en que las violencias se agudizan en la situación de confinamiento, muchas veces en condiciones precarias, conviviendo con agresores, con el trabajo no remunerado multiplicado y el trabajo remunerado que se superpone hasta el agotamiento extendiendo la explotación con nuevas fórmulas. En el marco de esas conversaciones que combinaron el relato de experiencias con reflexiones y propuestas, inventamos un modo nuevo de escucharnos, de sostenernos en la voz hasta que nos surgió la pregunta que se transformó en lema de la mesa: ¿A QUÉ NORMALIDAD QUEREMOS VOLVER? ¿A qué normalidad, si la normalidad era el problema?

Como ya señalamos, la pandemia y el aislamiento evidenciaron lo que las feministas hemos denunciado por todos los medios: las violencias contra las mujeres constituyen un problema estructural en

Argentina y las políticas públicas para combatirlas deben ser integrales. Los abordajes centrados en respuestas ante los casos puntuales y la atención de las denuncias como hechos aislados constituyen respuestas insuficientes que no alcanzan para proteger a las personas en situación de violencia de género, como atestiguan el número creciente de femicidios y transfemicidios. También se visibilizaron el modo en que la opresión de género se cruza y potencia con otras: El debate giró alrededor de la definición de violencia; del incremento de la violencia institucional de las fuerzas de seguridad bajo el sentido (distorsionado) de cuidado; de la visibilización del racismo estructural y las formas de discriminación y violencia; del incremento de la violencia en los hogares ante el aislamiento con el incremento de feminicidios y travesticidios; de la atención de la salud integral como prioritaria y esencial en todos sus componentes, y finalmente de la visualización de los contenidos y acciones de propuestas fundamentalistas conservadoras que atentan contra el sostenimiento e incremento de los derechos humanos adquiridos, reforzando una propuesta política integral de enorme retroceso.

La campaña se concentró en cinco ejes que dan cuenta de algunos de los problemas que se profundizaron en el contexto de la pandemia y el aislamiento: seguridad y cuidado; racismo; violencia de género; salud e ideologías fundamentalistas/ conservadoras.

Demandamos por nuestros derechos y por políticas que aseguren la autonomía como único modo de transformar las situaciones de violencia en su raíz. Esto implica empleo, vivienda, salud, educación, acceso a la justicia y la creación de dispositivos de protección. Las políti-

cas de apoyo a las personas que sufren violencias por motivos de género no pueden simplemente atender las situaciones de emergencia. Porque si la violencia de género es un problema estructural, que tiene múltiples expresiones y que adquiere características específicas al conjugarse con otras violencias (de clase, racial, por identidad de género, entre otras) las únicas políticas que pueden producir transformaciones son las que miran el problema en su estructura y en todas sus manifestaciones. Abordar la cuestión del trabajo desde una perspectiva de género, reconocer el rol fundamental de las trabajadoras esenciales para el sostenimiento de la vida son temas que deberían estar en la base políticas integrales en contra de las violencias.

La forma que tendrá la “nueva normalidad” no está dada. En un futuro incierto, la fuerza colectiva feminista es nuestro único garante de que la vida que vendrá no se base en una mayor explotación, en relaciones más desiguales y violentas. Mientras no podamos llevar nuestros cuerpos y asambleas a las calles este es el modo en el que nos fortalecemos. Nuestras vidas, nuestro trabajo y nuestros derechos no están en cuarentena.

*Claudia Bacci
Alejandra Oberti*

NOTAS:

(1) Observatorio de violencia patriarcal Lucía Pérez, Informe octubre 2020. Disponible en: <https://niunamenos.lavaca.org/>

(2) La Asamblea produjo colectivamente el texto “¿Qué vidas importan? Preguntas feministas y acciones colectivas en tiempos de violencias en pandemia” publicado en LatFem (14/09/2020), disponible en: https://latfem.org/que-vidas-importan-preguntas-feministas-y-acciones-colectivas-en-tiempos-de-violencias-en-pandemia/?fbclid=IwAR-2QLCXTazOB9EUYG5JTeDcaaxiIXeq_W-706VPU1fMRiD-ban-0MEvC1FxQ

Las campañas pueden verse a través de <http://www.aaihmeq.org/actividades.html>

La campaña sobre “Violencias en pandemia ¿A qué normalidad queremos volver?” puede accederse y compartir a través del enlace: https://drive.google.com/drive/folders/1u90NA8qe4GeOqK_-zRc8UVgw-5ZogT0_3?usp=sharing

13 de noviembre de 2020

La muerte en la periferia santiaguina: entre la revuelta y la pandemia (Chile, Oct. 2019-Nov. 2020)

Escribo desde una de las comunas de la periferia santiaguina, desde un país que no nos ha dado tregua en el último año. A partir del 18 de octubre las desigualdades que lamentablemente atraviesan nuestra sociedad se volvieron visibles a través de la protesta furiosa, creativa y masiva de quienes habían aprendido a vivir en una cotidianidad asfixiante, entre deudas y sobrevivencia. La indolencia del gobierno de Piñera terminó por alimentar un malestar generalizado de un pueblo que durante todos los años de democracia aprendió a vivir “en la medida de lo posible”. Porque la revuelta del 18 de octubre tuvo la astucia, entre cacerolazos y barricadas, de instalar de forma espontánea la temporalidad entre sus reclamos. En la protesta se periodizó los orígenes de nuestra desigualdad: “no son treinta pesos, son treinta años”.

Y en el periodo abierto desde ese viernes, desde mi propia experiencia, el tiempo entró en una suerte de pausa, incluso a veces lo percibía detenido. También hubo días más acelerados y en otras ocasiones no sabía qué día era, las semanas pasaban entre cacerolazos en la rebautizada Plaza de la Dignidad y las barricadas por las noches en la población. Un tiempo suspendido, una cotidianidad trastocada y fracturada: ¿cuántas vidas fueron arrebatadas?, ¿cuántos ojos fueron aniquilados?, ¿cuántos murieron en la noche?, algunas de las preguntas con las que me levantaba cada mañana. Y el helicóptero patrullando a baja altura durante la madrugada, vigilando e iluminando. El miedo

fue una constante, la ira también, la esperanza en ocasiones difusa. La escritura se hizo imposible.

Las fisuras se sintieron no sólo por el transformado “ruido de ciudad” – disparos, gritos, sartenes y ollas, olor a lacrimógena, el helicóptero-, como por el deja vu que vino de la mano de la instalación del toque de queda. No pasó un día desde ese viernes en el que fue decretado el toque de queda, pasando la seguridad interior a manos del Ejército. La Marina se quedó con las ciudades costeras, organización de las FFAA en el territorio que quedó grabado a fuego en la memoria de muchos/as durante la dictadura. “Recuerda llegar antes del toque”, “cuidado, que no te pille el toque de queda en la calle”, frases que comenzamos a decirnos en ese tiempo suspendido. Recordatorio de lo frágil que son las conquistas democráticas, un memorándum de las continuidades de las estrategias utilizadas por la derecha para proteger sus intereses. Fueron capaces de correr los límites democráticos en un solo día, qué más podría ocurrir era una pregunta recurrente.

Pasaron los meses entre las protestas generalizadas en las calles, la ritualidad de concentrar los viernes en los centros de cada ciudad, de debatir el país que soñábamos en los espacios públicos entre vecinos y vecinas, sindicatos, agrupaciones feministas y espacios comunitarios, entre otras organizaciones. La nueva forma de vivir el espacio y la ciudad, revuelta y en manifestación permanente, tuvo su última expresión generalizada para el 8 de marzo. Ese día fuimos millones de mujeres que salimos a las calles, en una de las marchas más grandes desde que fue retornada la democracia. En paralelo, desde el 3

de marzo se había registrado el primer caso de una persona contagiada de coronavirus. A partir de entonces otro tipo de incertidumbre vino a intervenir nuestra cotidianidad.

Actualmente Chile ocupa el séptimo puesto a nivel mundial de muertes por cada millón de habitantes, con un total de 14.611 personas fallecidas en los registros oficiales, sumando los casos sospechosos la cifra asciende a 19.442. Con un total de casos acumulados de 523.907 y con su peak de contagios y muertes entre el 13 y 14 de junio. Lejos de permitir al gobierno retomar el control de una sociedad movilizadada, la pandemia visibilizó a través de la muerte y el hambre la segregación profunda en la que está asentado “el milagro chileno” de nuestra ejemplar economía.

La fractura en nuestro pacto social junto a la indolencia de las políticas aplicadas por parte del gobierno, sumaron mayor tensión a un contexto que de por sí continúa cruzado por la falta de certezas sobre una posible cura al virus. Sin embargo, una vez más, fueron y son los sectores más acomodados quienes no se vieron enfrentados a la cotidianidad de la muerte y, mucho menos, a la posibilidad real de no tener recursos para alimentar a sus familias. El hambre y la muerte fueron – y lo son- la cara más trágica del coronavirus, un recordatorio de la desigualdad que es vivir en Chile.

Las cifras son tajantes al mostrar cómo mientras Vitacura – la comuna más rica de Santiago- tiene una tasa de mortalidad de 61 por mil habitantes, una de las comunas más pobres de la capital como es Puente Alto ostenta uno de los primeros lugares con 573 por cada mil

habitantes (MINSAL, 2020, p. 41). Aquellas cifras configuraron distintas formas de experimentar la pandemia, de vivir la muerte y sobrellevar la cesantía. Transformaron el espacio y las formas de apropiarse de la ciudad.

En los días más críticos de la pandemia era común encontrarse con más adultos mayores vendiendo afuera de las estaciones de metro, un aumento del trabajo informal y de las personas viviendo en las calles. Mientras el gobierno solicitaba que la población hiciera caso a las medidas de cuarentena obligatoria y del horario del toque de queda – porque sí, aún estamos con toque de queda-, en los sectores populares parecía una broma de mal gusto. Para miles de vecinos y vecinas la cuestión radicaba en: quedarse en sus casas para evitar el contagio del virus y no tener con qué comprar alimentos o salir a trabajar en lo que fuera para sobrevivir. Morir del virus o morir de hambre.

Y no lo escribo a modo de slogan para denunciar en la indefensión en que quedaron las familias por la pérdida de más de dos millones de puestos de trabajos, sin ninguna protección sustantiva – y ninguna en caso de tener un empleo informal-, sino porque fueron las propias vecinas y vecinos de la comuna en la que vivo en la periferia santiaguina, Recoleta, quienes me exponían su realidad. La muerte se transformó en algo cotidiano, reconfiguró el paisaje poblacional a través de la reinención de los ritos funerarios en estos tiempos de confinamiento. En un momento la muerte se volvió dolorosamente habitual en el barrio. Bastaba salir a comprar para ver cuántas casas estaban con globos blancos en sus rejas, o para notar cómo el suelo estaba lleno de

pétalos de flores que indicaban que la carroza fúnebre pasó y los vecinos/as salieron de sus casas a despedir a su cercano. Ya perdí la cuenta de cuántos fueron. En la población la reinención del rito fúnebre quiso sobreponerse al llamamiento sanitario de vivir en soledad la muerte. Vivir colectivamente el duelo mediante la expresión en el espacio del rito funerario se volvió la expresión mayoritaria. Y esto, de alguna forma, también marca la experiencia diferenciada de vivir el confinamiento, la muerte fue cotidiana sólo para un sector de la población.

Por otra parte, la memoria del hambre, tan bien ocultada en los relatos triunfantes del exitismo de los noventa, esa experiencia traumática de pasar hambre, vivir en la desnutrición y no tener con qué alimentar a sus hijos/as durante la dictadura, irrumpió ante la más mínima posibilidad de revivirla nuevamente. El “hambre”, palabra tabú, fue proyectada e iluminada el 18 de mayo en el Edificio Telefónica y, con eso, un recordatorio que lejos de perderse en el olvido obligatorio, resistió obstinadamente en la memoria de un país fracturado.

En dictadura, el hambre tuvo su correlato en la organización popular y las organizaciones sociales de sobrevivencia basadas en la solidaridad en las poblaciones. Medidas para comprar juntos/as, comedores solidarios y las ollas comunes fueron algunas de esas experiencias. En un contexto que nos insta al resguardo personal y evitar el contacto físico, de forma instintiva se buscó en el colectivo superar un problema individual como es el alimento.

Las ollas comunes volvieron a encenderse en una masividad que sólo se compara a la vivida en los años más duros de la década de los

ochenta. La imposibilidad de trabajar y la desprotección social fueron las condiciones necesarias para que nuevamente las y los pobladores encontraran en la cocina colectiva el medio para sobreponerse al hambre. En general, y por la distribución feminizada de la pobreza, fueron una vez más las mujeres quienes pusieron en sus hombros la responsabilidad de alimentar a sus poblaciones. Mujeres con y sin experiencia militante, con y sin historia organizativa, en la más amplia diversidad, llegaron a levantar más de 57 ollas comunes en la comuna de Recoleta. La politización de lo privado y la revalorización de la economía reproductiva, constituyen un ejemplo práctico de la posibilidad de subvertir el binarismo dominante y apunte para repensar desde una perspectiva de género y feminista la experiencia de las ollas comunes.

Finalmente, sólo para dejar testimonio de este incierto periodo, escribir en la revuelta/pandemia representó un desafío que no pude cumplir. Desde el 18 de octubre las certezas se diluyeron, los límites se corrieron y sentir que ningún plan podría entregar algún tipo de consuelo, fue rectificado con la irrupción del virus en nuestras fronteras. Me quedó la militancia, salir a ayudar a las ollas comunes, en la entrega de ayudas, en la organización popular y también en la protesta. Recién luego de meses, casi un año, pude volver a escribir. Embarcada en la tarea de buscar hilos que posibilitaran hilvanar el relato de esta experiencia excepcional, la historia y la memoria finalmente me permitieron encontrar algún tipo de consuelo para sobrellevar la erosión de futuro. Otras generaciones pudieron sobrevivir a la pobreza, la muerte y el hambre. Hallar en el presente esas huellas del pasado, presenciar

cómo los sectores populares encontraron en esas memorias y en el colectivo, ya sea de forma consciente o intuitiva, formas de superar el aislamiento y la pobreza, me ayudaron a otorgar sentido a este tiempo convulso, acelerado, incierto.

Javiera Robles Recabarren

Referencias

Ministerio de Salud, Gobierno de Chile (2020). Informe Epidemiológico. Enfermedades por SARS-CoV-2 (COVID-19). Chile 14 agosto 2020 (n°42). Recuperado de Departamento de Epidemiología: [minsal.cl/wp-content/uploads/2020/08/Informe-Epidemiológico-40.pdf](https://www.minsal.cl/wp-content/uploads/2020/08/Informe-Epidemiológico-40.pdf)

El trabajo dislocado

15 de octubre de 2020

Repensando nuestras prácticas (y nuestra vida)

Como todos pudimos experimentar largos meses atrás, el virus que provoca la enfermedad infecciosa conocida como COVID-19 llegó intempestiva y sorpresivamente a nuestras vidas, invadió nuestra cotidianidad, nuestros espacios, nuestras charlas, nuestros pensamientos y también nuestras prácticas laborales. En este sentido, podemos afirmar que todos los contextos y ambientes de trabajo son distintos entre sí, cada uno con sus particularidades y complejidades; no obstante, en este tiempo donde intentamos aprender a convivir en el tan famoso ASPO (el Aislamiento social, preventivo y obligatorio dispuesto por el Gobierno nacional para proteger la salud pública frente a la propagación del coronavirus), lejos de encontrar estrategias exitosas o llegar a conclusiones definitivas en torno a mis prácticas docentes, no dejo de reflexionar en torno a nuestra tarea como profesores en este contexto, a las formas de vincularnos y comunicarnos con nuestros y nuestras alumnos/as, con sus familias, con nuestros colegas; a los modos de adaptar, reinventar y forjar nuevos contenidos y otros materiales; a las maneras de aprender, enseñar, evaluar, cautivar, contener o simplemente acompañar; a los cruces que se dan en nuestra labor diaria con nuestras familias, con las personas que habitan con nosotros y que, en este contexto crítico, también participan de diferentes actividades y situaciones educativas.

En estos largos meses, en mi experiencia como profesora (en distintos espacios, en diferentes asignaturas, niveles y modalidades) y

como mujer/mamá/esposa, me surgieron múltiples interrogantes: ¿es posible y/o conveniente excluir a mi familia, a mis mascotas, a mis espacios y a mi organización cotidiana en las actividades sincrónicas y asincrónicas que llevo a cabo con mis alumnos/as?, ¿cómo conjugar todas mis tareas en momentos y espacios que se entrecruzan?, ¿cómo incorporar las experiencias y las situaciones cotidianas de mis alumnos/as a nuestros encuentros e intercambios?, ¿cómo vincularnos en esta nueva versión (¿2.0?) de nuestros roles sin el aula, sin la presencialidad, sin los recreos, en fin, sin la escuela? Éstas son sólo algunas de las tantas preguntas que me surgen y converso tanto en casa como virtualmente con colegas y amigos/as.

Ahora bien, en estas reflexiones personales, una certeza me ayudó a seguir pensando y mirando mis prácticas docentes: en este nuevo y desconocido contexto, la docencia implica “poner el cuerpo” de diversas maneras, porque se ponen en juego nuestros múltiples roles, nuestros espacios, nuestra vida toda. Esta expresión parece trillada pero en estos tiempos, las clases sincrónicas e incluso las grabaciones nos condujeron a diseñar contenidos y actividades adecuados a la virtualidad; elegir y preparar algún espacio de nuestro hogar que sirva de escenario; readaptar la rutina familiar para que en esos momentos uno pueda estar relativamente tranquilo y concentrado para desarrollar lo planeado; imaginar posibles situaciones que pueden surgir en casa y del otro lado de la pantalla para vislumbrar opciones alternativas; tratar de conjeturar y comprender las sensaciones, los pensamientos y las circunstancias que atraviesan nuestros alumnos. A esto se suman las formas de co-

municación; las estrategias que incluyen nuevas plataformas y nuevas tecnologías, que ponen en jaque nuestros conocimientos específicos en esta materia; el trabajo y la coordinación virtual con nuestros colegas; las exigencias y las evaluaciones por parte de los equipos de gestión; las reuniones y otros encuentros diversos a los que debemos asistir, por mencionar algunos de los desafíos con los que nos enfrentamos habitualmente. En este sentido, personalmente los primeros tiempos (y otros que vinieron después, claro) implicaron incertidumbre y frustración por no lograr lo esperado, imaginado o planeado, me llevaron a cuestionarme si estaba haciendo lo suficiente y lo correcto para que mis alumnos se sintieran cómodos y acompañados en el nuevo contexto de aprendizaje, si mis propuestas eran adecuadas, pertinentes y útiles y si, al mismo tiempo, mi familia estaba conforme con mis prácticas laborales (por los momentos, los espacios, etc.). Ante estas sensaciones encontradas, decidí asistir a capacitaciones virtuales, indagar en nuevos materiales, proponer actividades más dinámicas y “atrappantes”, incluir a mi hijo de 3 años no sólo en la planificación sino en la realización de algunos encuentros, naturalizar ciertas situaciones cotidianas que irrumpían frecuentemente (el timbre, la pelea de mis animales, la demanda de mi hijo, el trabajo simultáneo de mi marido e incluso algunas incomodidades de mi cuerpo gestante). Al mismo tiempo, esta mirada más comprensiva y paciente de mi desempeño profesional me permitió también contemplar de otro modo las prácticas de mis alumnos, las decisiones frente a la cámara o el micrófono, las respuestas que me envían, las maneras de resolver las propuestas, etc.

Indudablemente, el hecho de gestar en mi vientre un nuevo ser desde los primeros días de este extraño año, me ayudó a entender, entre otras cosas, que detrás de nuestras prácticas están nuestras sensaciones, nuestras familias, un mundo que también se replica detrás de cada uno de los estudiantes, me permitió pensar en todo lo que “gestamos”, todo lo que nace y florece en este tiempo difícil que indudablemente pasará, que no son sólo miedos y angustia (sentimientos tan profundos y lógicos frente a la pandemia), pienso en las iniciativas, en los proyectos, en las ilusiones, en las nuevas maneras de utilizar el tiempo y posicionarnos frente a él, en los espacios, en las maneras de vincularnos con nuestros pares, en todo lo nuevo y atípico que nos encontramos haciendo. Este redescubrir de las tareas docentes y de la vida cotidiana, surgió, en buena medida, del intercambio con varios estudiantes y de la mirada puesta en sus intervenciones y en sus palabras. Por ello, para cerrar, comparto el mensaje de uno de mis alumnos en respuesta a mi correo de despedida por la licencia por maternidad: “Hola profe, espero que estés bien y gracias por todo. Que sean muy felices con el nuevo integrante de la familia. Hay que disfrutar los momentos. Saludos.” Sin dudas, la frase final merece seguir reflexionando.

Laura Codaro

4 de noviembre de 2020

Cuando la escuela viene a casa: cómo y para qué enseñar en pandemia son definiciones políticas.

Llega una nueva primavera transitando el sexto mes de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) en Argentina. Con la rutina de la “nueva normalidad” hecha cuerpo, dejamos de contar los días para tachar los meses, abandonamos el asombro de los números fatales de las muertes vecinas para no mirar nuestra propia curva en ascenso; nos alejamos del desconcierto por las imágenes de playas nórdicas habitadas por cuerpos próximos para acostumbrarnos al paisaje de la plaza atiborrada de actividades deportivas y mates compartidos. Pasamos del miedo a la indignación en cuestión de días, y las preguntas sobre nuestro presente se empiezan a acumular. ¿Cómo será recordado este momento de la historia? ¿Con qué palabras será nombrado este tránsito? Tal vez sea más cómodo preguntarse por el futuro; el presente es demasiado nebuloso, no hay demasiado lugar para la reflexión. Nos esforzamos por construir nuevas rutinas para aligerar el tiempo, que pase rápido, que ya termine. Nos esmeramos por convencernos de que se trata de un lapsus, anhelando que el barbijo sea solo un accesorio que decore las fotografías de un clima de época. Es más cómodo pensarnos detenidos en el tiempo que reconocernos como protagonistas de un momento único de la historia.

Desde hace algunos meses, cuando la pandemia nos sorprendía y nos obligaba a recluirnos en nuestras casas frente a un “peligro invisible”, transitamos por la parodia de la escuela virtual, una apresurada apuesta en el intento de replicar nuestras aulas en espacios virtuales.

En aquellos momentos, atravesados por el miedo y la incertidumbre de la novedad de un virus desconocido, cuando todo parecía detenerse y las fronteras cerrarse, les docentes éramos llamados a “garantizar la continuidad educativa” para que, en esta pausa mundial en el que más de la mitad del mundo se confinaba en sus hogares, en este momento de emergencia y excepción se alegaba la necesidad de que “no se perdiera el tiempo”... ¿cómo darle continuidad al tiempo durante una pausa? ¿Qué precisa ser enseñado y aprehendido en este contexto? ¿Qué lazos son posibles de construir entre cajas repletas de contenidos curriculares y la experiencia de habitar una pandemia planetaria?

Con el sueño cambiado y la monotonía de los días replicados, comenzamos la jornada del trabajo docente en pandemia encendiendo nuestros pizarrones convertidos en pantallas virtuales. Apelando a la “labor y oficio” docente, fuimos llamados a reinventarnos, a adecuar nuestras propuestas curriculares, a modificar nuestras estrategias didácticas, a acondicionar nuestras casas y rutinas familiares en pos de asegurar el dictado de clases. Con la llegada de la ASPO y la contundente consigna del “quedate en casa”, queda prohibido moverse del hogar pero también, como decía Valeria Krier, “queda prohibido detenerse, es preciso no dejar de producir, de estudiar y de enseñar” (Krier, 2020, s/n)

Para que el proceso de enseñanza-aprendizaje comenzara, debimos disponer de nuevas herramientas de trabajo. Abandonamos la tiza y nos apresuramos a contratar y/o mejorar el acceso al servicio de internet, buscamos equipos tecnológicos adecuados, que banquen ser

el medio protagónico, una extensión indispensable de nuestras prácticas pedagógicas. Se nos solicitaba establecer contacto con nuestros estudiantes para generar alguna instancia de comunicación fluida y así comenzar a enseñar. Para ello, fue necesario dar inicio a una ardua indagación en torno al uso y adaptación a la escuela virtual, una suerte de capacitación intensiva casera sobre las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) teniendo que encontrar nuestros propios métodos de enseñanza frente a la heterogeneidad de recursos, herramientas y programas disponibles en la Web que dieran lugar al año lectivo en formato digital. Entre tutoriales de Youtube sobre qué era y cómo armar una Classroom, intercambiamos audios de Whatsapp con colegas sobre las ventajas y desventajas de Jitsi o Zoom. Fuimos adaptando el aula a las diversas plataformas virtuales, atentas a las necesidades y las demandas de cada espacio educativo, así como de las características socio-económicas de nuestros estudiantes que facilitaban o dificultaban el acceso a la educación. Iniciamos las clases frente a las imágenes de rectángulos oscuros, aprendimos a silenciar los micrófonos y a disputar el “derecho a la cámara apagada” para resguardar nuestro hogar, de no mostrarnos o exponernos. Comenzaron las “clases por whatsapp”, se llenaron las casillas de los correos electrónicos de mails con trabajos en Word; nos vimos sumergidos en una vorágine cotidiana de conectividad ininterrumpida, sin horarios de entrada o de salida, ni recreos o espacios recreativos en donde encontrarnos y también seguir aprendiendo.

La virtualidad es la nueva normalidad, las clases deben ser dic-

tadas pero, ¿con qué objetivos? ¿Qué debería ser la escuela en pandemia? La pregunta de la escuela para qué se reactualiza en un contexto único en el cual, como analiza Adriana Puigross, el ámbito doméstico familiar, el laboral y el educativo volvieron a unirse (Puigross, 2020) por tiempo indeterminado. La escuela y el hogar se fusionan, el comedor se convierte en aula y el balcón se vuelve un espacio propio. Ya no vamos a la escuela sino que la escuela viene a nuestras casas; casas de docentes que maternan y reparten su vida entre pantallas y crianzas, casas de docentes-estudiantes que trabajan mientras rinden sus últimos finales para recibirse, casas de docentes que militan para seguir tejiendo redes. Casas con cuerpos feminizados, que cargan con todas las responsabilidades del cuidado. Es preciso mantener el estado de alerta, que nuestra labor profesional no se convierta en un anexo del hogar, una carga más en el tránsito de la vida cotidiana.

¿Cómo poner en diálogo este entramado de situaciones? ¿Cómo pensar la construcción de conocimiento inclusiva, flexible y respetuosa de las heterogéneas realidades sociales y familiares de nuestros estudiantes? Entre mensajes fluctuantes y discontinuos, la práctica docente permea las fronteras de la pantalla haciéndose parte de las dinámicas de la cotidianeidad familiar; más que antes, formamos parte del día a día, nuestras clases se mezclan con reuniones laborales, quehaceres domésticos y mascotas que se cruzan frente a las cámaras; somos parte del encierro y del agobio de la escuela virtual y la cotidianeidad en pandemia, acompañando y conteniendo sentires, cansancios, angustias y malestares que en ocasiones les estudiantes nos transmiten. En cada

trabajo enviado, aparece la pregunta sobre cómo estamos y cómo nos sentimos, mientras que las respuestas a veces son instancias de encuentro. La clase sincrónica virtual, la conversación por chat, el mensaje a través de un foro apelan a construir y fortalecer lazos desde los cuales acompañarnos, y constituyen ámbitos de encuentros que rompen con la monotonía cotidiana. Junto a ello, la abrumadora sobre-exigencia de demandas de tareas, cada una respondiendo a los intereses pedagógicos de los múltiples campos disciplinares, forma parte del circuito de exigencia productiva impuesto. Quizás ha llegado el momento de pensar en cuáles son los valiosos aprendizajes que la afectividad nos permite transitar.

Somos parte como escuela de la cotidianidad de nuestros estudiantes, también cuando hay ausencias. Nos invaden sentimientos de frustración y tristeza al ver que la vinculación con la escuela por medios virtuales no es posible para todos. La pandemia puso al descubierto la profunda y estructural desigualdad social y económica que transitan nuestros estudiantes, la brecha digital profundizó las desigualdades generando preocupación por la deserción escolar.

Ser docente en pandemia no nos desliga de ser actores garantes de los derechos, pero se hace difícil la tarea, cuando nuestras propias condiciones materiales y laborales se agravan. ¿Cómo estar presentes en la virtual? Se apela a que continuemos enseñando con quienes pueden, en este contexto, tener el privilegio de acceder a la conectividad. Pero, ¿qué sucede con las ausencias? ¿Qué hacer frente al silencio de la desconexión? Es necesario que comencemos a revisar qué rol esta-

mos cumpliendo en esta nueva escuela de emergencia, para observar y transformar las desigualdades que continúan moviendo la rueda de los privilegios.

En este marco: ¿qué estrategias pedagógicas debemos implementar? ¿Son los materiales previamente producidos los que “enseñan”? ¿Qué lugar queda para el diálogo como acto educativo, para el lazo afectivo en tanto medio para la enseñanza? ¿Qué lugar ocupa la Educación Sexual Integral (ESI) en medio de este entramado digital? La ESI, ley que ya cumple 14 años desde su sanción nacional en el año 2006, constituye una herramienta pedagógica y política fundamental en los procesos educativos, un derecho de nuestros estudiantes que en tiempos de ASPO se presenta como esencial. La ESI no involucra únicamente el dictado de contenidos específicos, ni tampoco se focaliza solo en la enseñanza de temáticas “con perspectiva de género”. La ESI se presenta como una forma de transitar la experiencia educativa desde la afectividad, de construcción de prácticas integrales de cuidados de nuestra propia experiencia subjetiva, de nuestros cuerpos y de nuestras formas de relacionarnos con el mundo. Como dice Val Flores “la acción educativa es una acción corporal que acontece entre los cuerpos o contra los cuerpos” pero, ¿qué lugar queda para habitar lo educativo desde nuestras corporalidades en la virtualidad? ¿Cómo transitan nuestros cuerpos diversos esta pandemia? Es fundamental y necesario repensar los objetivos de la escuela en pandemia, así como revisar las prácticas docentes y las formas en que llevamos adelante el enseñar, dando cuenta de cómo el espacio de enseñanza - aprendizaje constituye

un eslabón de contención y acompañamiento estudiantil pero también socio-familiar; educar desde la perspectiva de la afectividad, el cuidado del cuerpo y el ejercicio del placer.

Si se lograra entender a la ESI como una herramienta fundamental para la construcción del conocimiento y para la comprensión de la realidad que nos atraviesa, se volverían contenido pedagógico los diversos tránsitos subjetivos tanto como las formas de sentir y habitar la pandemia. De nada sirve atiborrar las casillas de trabajos prácticos con contenidos inconexos de nuestro presente sino damos lugar a pensarnos, a preguntarnos por nuestros deseos, necesidades e intereses, a elegir cómo seguir cerca de la escuela de otros modos, aquellos que la ESI habilita. Es el momento de cuestionarlo todo, de transformarlo todo: cómo evaluamos, qué esperamos, para qué educamos y qué le hace falta repensar a la institución escolar para que realmente podamos crear la posibilidad de cambiar nuestras historias.

*Giselle Brown
Sabrina Rosas*

Referencias:

Flores, val. (2020). Una lengua cocida de relámpagos. Buenos Aires, Colección Incandescencias, Editorial HeKht.

Krier, Valeria (28 de marzo de 2020). Pensamientos para tocar un cuerpo en cuarentena. Fuga, Revista junguiana de psicología, género y culturas disidentes. Disponible en: <https://revistafuga.home.blog/2020/03/28/pensamientos-para-tocar-un-cuerpo-en-cuarentena/>

Puigross, Adriana (6 de septiembre de 2020).

La escuela y el hogar van a empezar a separarse nuevamente. Noticias FMLatribu. Disponible en: <https://fmlatribu.com/noticias/2020/09/06/adriana-puiggros-la-escuela-y-el-hogar-van-a-empezar-a-separarse-nuevamente/>

21 de noviembre de 2020

Escribir en pandemia

Inicié la escritura de mi tesis de doctorado cuando la pandemia del COVID 19 paralizó nuestras vidas. A partir de entonces, el anhelado cierre de un extenso trabajo de investigación se vio alterado, no sólo por los pormenores de la labor científica, sino también por el peligro y la incertidumbre de un virus que comenzaba a circular por las calles; una amenaza inesperada que nos recordaba que las prácticas del cuidado no eran tan distintas que las de antaño y que nuestros cuerpos, eran demasiado humanos.

Desde aquellas últimas semanas de marzo, cuando la cuarentena fue anunciada, las calles del barrio de Balvanera se convirtieron en una estepa desolada. O al menos eso advertí desde mi ventana, pegada a mi escritorio, donde la pantalla de la computadora se limitaba a mostrar el procesador de texto. Balvanera es un territorio único en la Ciudad, un palimpsesto de lenguas y culturas, centralizado en la plaza Once y, por sobre todo, un sitio frágil ante la crisis. Desde mi octavo piso miraba ese paisaje y pensaba en el fugaz destierro que produjo la pandemia en el barrio.

Comencé la escritura de una tesis de doctorado sobre las memorias de militancia de los años sesenta y setenta; un tema eterno y profundamente revisitado en nuestro campo de estudios, pero, a mi modo de ver, un gran continente de zonas inexploradas, siempre desafiantes, siempre necesarias para comprender un poco mejor nuestro presente. Las bibliotecas, las facultades, los institutos y los archivos cerraron in-

mediatamente y, con ellos, las diferentes puertas de acceso a la revisión bibliográfica, al corpus y al extenso estado de la cuestión. La pandemia afectó directamente el trabajo de lxs becarixs e investigadorxs, que, como el resto de lxs trabajadorxs no esenciales, debimos reacondicionar el terreno cotidiano de escasos metros cuadrados en un lugar de trabajo compartido. Ese proceso trajo consigo la dificultosa superposición de tareas laborales y domésticas, la construcción negociada de un abanico de grillas horarias que contemplara la conexión a internet, las reuniones virtuales y, por supuesto, el esparcimiento y el ocio. Escribir la tesis fue también escribir en estas condiciones (y a pesar de ellas), un reto inesperado en las ya precarias condiciones materiales del trabajo científico.

Mi experiencia de escritura pasó por distintos estados. Inicialmente, fue una suerte de refugio, en un doble sentido: una zona segura pero también un tranco obstinado, es decir, una rutina. En ese proceso, ante el bombardeo (des)informativo y el padecimiento por las consecuencias de la circulación del virus, el hecho de sentarme a escribir constituía un resguardo y una obligación que ordenaba el resto del día. Salía poco de casa, casi nada, a decir verdad, sólo a cumplir con las compras de productos esenciales. Al hacerlo, volvía con un nudo en la garganta al ver la dolorosa escena de los locales del barrio con las persianas bajas y lxs trabajadorxs dentro de ellos, contemplando la desolación.

Lentamente, ese paisaje fue cambiando. El barrio de Once (o de Balvanera), por sus características y población, no podía alargar

su inactividad. Así fue que los meses duros de invierno, las calles se repoblaron con ollas populares, trabajos informales y las tareas de las instituciones del barrio. En nuestra esquina, el Ejército de Salvación, por ejemplo, albergaba filas extensas de personas que solicitaban desayunos o ropa de invierno para afrontar las bajas temperaturas. Eran imágenes conocidas y recurrentes durante los últimos años, pero que tomaron una magnitud dolorosamente importante.

También tomaba cuerpo la escritura de la tesis: de la intemperie inicial a la conmoción de Oscar del Barco, pasaba la contradierrota de Gelman, la interpelación de las mujeres militantes, los pájaros sin luz y las múltiples formas de rememorar la lucha armada, que es mucho más que recordar un pasado violento. Así, las siglas ASPO, DISPO, COVID, SARS COV2 se entremezclaban con PRT ERP, FAR, FAS, GEL, como si de mi corpus surgiera un léxico común y compartido capaz de confraternizar en una experiencia como esta.

A ese resguardo, le sumaba, entonces, un arduo y riguroso trabajo de encuadre. El desafío de trasladar una biblioteca de papeles, libros y revistas a un texto analítico requería de una economía de la atención que me costaba sobremanera: ella, la atención, se me iba en el creciente número de contagios, los dilemas políticos y económicos, los incesantes discursos del odio, las marchas anticuarentena, Vicentín y la palabra expropiación.

¿Cómo encuadrar en este universo los apartados metodológicos, la reflexión teórica y el análisis del proceso de memoria, verdad y justicia en Argentina? ¿Encuadrar o forzar? Precisamente, la tarea

era aprender a dejarse atravesar por el momento y hacer algo con ello, que no era ni forzar la atención ni construir anteojeras laterales. Era simplemente reconocer lo que estaba pasando, poner en palabra los miedos, la incertidumbre y el sufrimiento. Y pude comprenderlo, un tiempo después, gracias a las conversaciones con mi compañera, con mis amigos/as y colegas. Comprendí la importancia de construir escenas cotidianas de contención, como las que invocamos en casa: el rezo diario a nuestro pequeño altar politeísta, la práctica de cocinar todo lo que podíamos o el descanso ante el canto de ópera del vecino. Las mismas que también invocamos en encuentros virtuales y analógicos, callejeros, clandestinos. Ello implicaba, claro, una interrupción en el imperativo de productividad, pero no en el ciclo del trabajo, distinción no siempre asequible en la lógica del/x becarix. Se trataba, en suma, de una forma de regular el despliegue de la energía, lo que ya era un montón.

Los meses de la apertura, paradójicamente, fueron los de mayor intensidad y agotamiento. Los días se disgregaban en el universo de lo virtual, entre clases, reuniones, eventos e intervenciones políticas y culturales. Las salidas se convertían en caminatas erráticas y vagabundeos por el barrio, como si fueran una permanente recusación al destino distópico que nos tocaba.

¿Qué de todo esto convergería en una “nueva normalidad”?, me preguntaba. Pero rápidamente comprendí que ese anhelado sintagma, el objeto de la prolífica reflexión intelectual de estos tiempos, no era más que una promesa incumplida desde el vamos...

Me alejé de las redes sociales, no publiqué nada, a excepción del

pañuelo de los 30.000, el 24 de marzo, nada más. Aunque sí recurrí a ellas para informarme, como distracción efímera o como fuga estable. Hacia noviembre, la tesis tomó (una) forma, pero no aquella que esperaba, por supuesto. El proceso de escritura se había convertido en un estado permanente que avanzaba y volvía sobre sus pasos como un acto reflejo. Y todavía, lo es.

Pero, como el resto de las cosas, lo que queda de su proceso lleva (o carga) la marca de la espera.

Lucas Saporosi

Lejos de casa

2 de septiembre de 2020

Anclao en Santander

Llegué a Santander, España, el 7 de marzo. Había ganado la Cátedra Eulalio Ferrer de la Universidad de Cantabria, un espacio dedicado a la enseñanza e investigación sobre América Latina. Debía permanecer en Santander hasta fines de junio, dictando un curso sobre historia de las dictaduras instauradas en las décadas de 1960 y 1970 en el Cono Sur, y desarrollar una investigación sobre la Falange en América Latina, para la que ya contaba con buena parte de las fuentes que necesitaba.

Por supuesto, desde comienzos del año, había seguido las noticias sobre la emergencia y expansión del coronavirus en Asia y, de hecho, tenía miedo de que no me dejaran entrar a España debido a que viajé con un persistente resfrío de verano. Nada hacía sospechar lo que pasaría sólo una semana más tarde, al punto que, al día siguiente de mi arribo, el 8 de marzo, participé junto a Manolo Suarez Cortina y Ángeles Barrio, mis anfitriones, de una multitudinaria marcha por el día internacional de la mujer que desfiló por la avenida que bordea el Cantábrico. En la semana, mientras apenas alcancé a conocer la Universidad y a los colegas del departamento de historia y a dar una primera clase en la maestría, los noticieros informaban con alarma la velocidad con la que el contagio del COVID19 se propagaba por España. El 14 de marzo, el Consejo de Ministros de España aprobó la declaración del Estado de Alarma en todo el territorio durante 15 días. Esta medida permitió restringir severamente el movimiento de personas

y la actividad económica en todo el país, cerrar las fronteras, movilizar fuerzas armadas y de seguridad para cumplir distintas tareas y orientar partidas económicas para enfrentar la emergencia de salud. El Estado de Alarma es un instrumento constitucional que requiere para su renovación el apoyo parlamentario. Ante la decisión del gobierno de no prorrogar indefinidamente la vigencia de ese instrumento y en cambio solicitar quincenalmente su extensión, el Parlamento se convirtió en un escenario en el que pudimos observar el tránsito desde un consenso nacional inicial a favor, del que quedó al margen solamente la ultraderecha de Vox, hasta la retirada del aval del Partido Popular, que asumió posiciones cada vez más radicalizadas y dejó al gobierno con un apoyo estrecho que lo llevó a negociar con bloques minoritarios de distinta orientación en busca de ampliar su base de sustentación.

Desde el 15 de marzo hasta la primera semana de mayo, la cuarentena en toda España fue muy estricta, mientras en la etapa posterior lentamente se fue avanzando en una progresiva recuperación de los movimientos hasta llegar, a fines de junio, a lo que se denominó la “nueva normalidad”.

Ese primer mes y medio fue el momento del mayor aislamiento y distanciamiento físico. En lo personal, fue el momento en que viví más pendiente de los medios de comunicación y las redes. Por un lado, estuve muy atento a las noticias españolas y, de un modo sin dudas irreflexivo, pude comprobar la facilidad con que podemos acostumbrarnos a la información sobre cifras siderales de muertos, que en el caso español llegaron en su peor momento a casi un millar de fallecimientos

diarios. También asistí por ese medio a la creciente radicalización de la derecha y ultraderecha españolas que, en un repertorio similar al que luego asumirían las derechas de Argentina y otros países, encontraron en la pandemia un escenario propicio para una práctica política – tanto en el parlamento como en la calle – irresponsable, hipócrita, clasista, irracional y afecta a la chicana y al golpe de efecto. Las acusaciones de chavismo, populismo y comunismo contra el muy moderado gobierno del PSOE y Unidas Podemos hubieran resultado cómicas si el contexto no hubiera sido el de una tragedia humanitaria. De modo que una parte de mi día transcurría frente a la pantalla de la televisión, mirando los debates parlamentarios de los miércoles, asistiendo a los informes diarios que daba el doctor Fernando Simón, el entrañable e imperturbable equivalente español a Carla Vizzotti o siguiendo los noticieros.

Pero a la vez no podía dejar de seguir a través de youtube la información de los canales de noticias argentinos, con más curiosidad que angustia, ya que la situación aquí parecía muy controlada por entonces. El WhatsApp parecía no detenerse nunca en esos días, comunicándome a través de varios husos horarios con la familia, amigos y compañeros de Argentina y España, además de muchos otros países. Los afectos a distancia me ayudaron mucho a hacer más llevadero el aislamiento en un departamento ajeno de una ciudad desconocida.

Aislado e hiperconectado, en esos días sólo salía a hacer compras una vez por semana o menos. Mirando el mundo por las pantallas o por la ventana, mi experiencia del aislamiento en la pandemia era la de estar protagonizando uno de esos acontecimientos centrales de la

historia a los que estudiamos, pero con la perspectiva del soldado de La guerra y la paz, sólo capaz de entender el enorme evento de modo muy fragmentario e incompleto. Leí todos los materiales que circularon por las redes, buena parte de los cuales resultaron ensayos poco reflexivos y escasamente fundados, con buenas excepciones como Contagio social: guerra de clases microbiológica en China, obra del Colectivo Chuang. En los ratos que no estaba conectado a alguna red, mirando televisión, leyendo diarios del mundo o dando mis clases de posgrado por Skype, visité la literatura sobre epidemias antiguas y contemporáneas, desde los pasajes de Tucídides sobre la peste de Atenas a El jinete pálido. 1918: La epidemia que cambió el mundo pasando por Diario del año de la peste de Daniel Defoe. Pensé en escribir algún texto en base a estos materiales, pero rápidamente abandoné la idea. En los meses de aislamiento pude corregir textos, hacer evaluaciones, editar trabajos, sistematizar fuentes, dar clases, pero escribir me resultó casi imposible. Cuando desde mayo pude comenzar a salir, primero en horas determinadas del día y luego en cualquier momento, lentamente pude comenzar a escribir y, dato no menor, a dormir con más regularidad.

No deja de sorprenderme el poco impacto que, sobre la historiografía de los años 1918 y 1919 y sobre la memoria de esos años, tuvo la llamada gripe española y, por cierto, me avergüenza no haber tenido en cuenta ese factor en los varios artículos que tengo escritos sobre el año 1919 en Argentina y el Cono Sur. Por supuesto, estamos frente a uno de esos eventos que implicará una cesura que nos obligará a integrar en nuestras miradas retrospectivas los fenómenos pandémicos y sus

efectos, en nuestra práctica como historiadores, y a integrar con más fortaleza en nuestros análisis a los límites ecológicos del capitalismo.

En medio del aislamiento, la ceremonia del aplauso al personal de salud de cada noche a las ocho se convirtió para mí, a lo largo de dos meses, en el único momento en que establecí contacto con seres humanos no mediados por una pantalla. Más allá del apoyo y el reconocimiento a los trabajadores de la salud, el saludo a la distancia con los vecinos a los que no conocía previamente, recorrer con la vista las ventanas de los que salían puntualmente a aplaudir, resultó una ceremonia de encuentro con otras personas que, solas o en compañía, atravesaban una situación similar. Una vez que las derechas españolas buscaron cambiar el sentido del encuentro de las ocho, convirtiéndolo en un cacero lazo antigubernamental, el aplauso de las ocho se convirtió también en un módico símbolo democrático.

A fines de junio logré regresar a la Argentina, un poco antes del plazo originalmente previsto. Mi temor ahora era un poco más realista: contagiarme en el tren a Madrid, en el taxi a Barajas, en el avión a Buenos Aires. Por suerte nada de ello ocurrió.

Desde mi regreso, mi rutina cambió mucho. Ya no estoy solo, tengo obligaciones laborales y tareas domésticas y de cuidado que, en conjunto, me ocupan buena parte del día, pero sigo hiperconectado a las distintas pantallas. Solo que en Argentina ya no hay aplausos al personal de salud, pero sí – como parte de un movimiento de alcance planetario, cuyas consecuencias aún no podemos imaginar – la presencia irresponsable, hipócrita, clasista, irracional y afecta a la chicana y al golpe de

efecto de las derechas de la Argentina, cuyas acusaciones de chavismo, populismo y comunismo contra el muy moderado gobierno del Dr. Fernández resultarían cómicas si el contexto no fuera el de una tragedia humanitaria de la que no vemos hasta hoy el final.

Daniel Lvovich

24 de octubre de 2020

Me pregunto qué puede aportar mi testimonio a prefigurar una memoria colectiva futura de los tiempos conmocionados que estamos viviendo. ¿Vivir desde la extranjería esta experiencia que es inédita en todo el mundo trae una perspectiva diferente sobre los mismos hechos? Lo que sí puedo asegurar es que vivirlo desde acá me aportó a mí una perspectiva diferente sobre el espacio que habito desde hace ya más de un año.

En agosto de 2019 acepté una propuesta de trabajo en Virginia, EE.UU., en la universidad de William and Mary. Trabajé durante más de 6 meses como coordinadora de “La casa hispanica”, una experiencia de inmersión en español como lengua extranjera para estudiantes de origen hispano o interesadxs en mejorar su español.

A principios de marzo, cuando las primeras medidas de aislamiento social empezaron a hacerse sentir y llegaban las noticias sobre el cierre de Nueva York, yo estaba planeando un viaje para pasar mi cumpleaños en la ciudad y viajar un poco, aprovechando el corte de primavera o Spring Break. Dos días antes cancelamos todo, y a mediados de mes se decidió el cierre de emergencia de los campus universitarios. Desde ese momento hasta el fin del año escolar las clases pasaron a modo virtual. Se les dio una semana a los docentes para adaptar el contenido de sus materias y seminarios al nuevo formato y a fines de mes se largó el sistema nuevo.

Durante las primeras semanas fue muy shockeante ver la conmoción que generaba en las personas el estar situadxs frente a una

incertidumbre tan grande. No tener respuestas para cuestiones cotidianas como por cuánto tiempo se van a sostener las clases virtuales, qué se decidirá sobre las graduaciones a fin de año, qué va a suceder con los contenidos que no lleguen a darse por la pérdida de día de clases, cómo van a ser los exámenes finales, generaban una angustia que me resultaba desmedida. Quizás porque en las universidades latinoamericanas docentes y estudiantes convivimos muchas veces con la inestabilidad, con la pérdida de clases por problemas técnicos o edilicios, por huelgas laborales o reclamos estudiantiles, por acontecimientos sociales o políticos que trastabillan la cotidianeidad de nuestras instituciones, nos parece natural no saber cómo van a seguir las cosas en el futuro. Por esos días recordaba el impacto de las inundaciones del 2 de abril de 2013 en La Plata, y cómo la UNLP interrumpió su actividad inmediatamente, no sólo fruto del colapso social, sino porque era claro que había que poner los recursos económicos y humanos al servicio de los damnificados, y la continuidad académica vendría después.

En esas primeras semanas de la pandemia también encontré estudiantes y profesorxs que preferían hacer caso omiso de las recomendaciones de no utilizar las oficinas. Muchos decían que, al trabajar en sus hogares, cerca de la familia, se sentían “menos productivxs”. El miedo a disminuir la propia competitividad en el mercado académico ante una crisis global inédita, cuando el mundo como lo habíamos conocido estaba dejando de existir ante nuestros ojos, me resultaba incomprensible.

Lxs estudiantes no pudieron regresar a retirar su equipaje hasta nuevo aviso, y a principios de abril se les asignaron días y horarios

para retirar elementos de emergencia de sus dormitorios (libros, medicación, computadoras). Recién a fines de mayo se otorgaron turnos para que pudieran vaciar completamente los cuartos, aunque muchos ya lo habían hecho previamente. Una de las cosas más tristes fue no poder despedirme de ninguno de lxs estudiantes con los que compartí el calendario de actividades semanales. Apenas pude volver a ver a algunxs de lxs que vivieron conmigo en la casa durante más de seis meses o tomaron clases semanales, y las despedidas fueron virtuales. Después de haberme acostumbrado durante todo este tiempo a la distancia física que impone el lenguaje corporal anglo, este modo de sociabilizar sin besos ni abrazos, esperaba que en ese último adiós pudiera romperse esa barrera física, los cuerpos y los rostros que expresan el afecto pero con moderación, controlando la emoción.

Mientras tanto, la vida fuera de los campus universitarios parecía seguir como si nada. Solo algunos detalles daban cuenta de este cambio radical: la escasez de papel higiénico o alcohol en gel en los supermercados, los comedores populares que abrían en las iglesias, pero con drive through. Familias enteras que asistían de lunes a viernes por la mañana a retirar mercadería para afrontar el desempleo, pero que conservaban lo que en América Latina son bienes de lujo, uno o más automóviles por grupo familiar. La máscara en espacios públicos solo se hizo obligatoria en Virginia a partir del 29 de mayo, y mientras las escuelas, comercios no esenciales y oficinas públicas permanecían cerradas o con atención reducida, los fines de semana las calles céntricas y los senderos boscosos alrededor del campus se llenaban de fami-

lias, niños, adultos y personas mayores con sus mascotas paseando sin máscaras ni distanciamiento social. La primavera y el cese temprano de actividades parecían funcionar como una vacación anticipada.

A partir de principios de abril y con el campus definitivamente cerrado, la administración de la universidad nos comunicó a través de los jefes de departamento que el programa de inmersión en lenguas extranjeras (en el que trabajaba junto con otrxs 6 profesorxs de China, Japón, Alemania, Rusia, Mali e Italia) quedaba suspendido para el año siguiente. La situación se repetía con todos los profesores “adjuntxs” o “visitantes”, que son modalidades de contratación anuales con un altísimo grado de precariedad laboral. Además, lxs más de 60 empleados del servicio de comedor de la universidad, que estaba tercerizado con una empresa privada, fueron despedidos sin compensaciones. A pesar de estar en la universidad más antigua del país después de Harvard, en un estado sureño como el de Virginia, con una tradición histórica de ausencia de organizaciones gremiales, fue muy difícil compaginar la frustración de estudiantes, trabajadorxs y docentes para transformarla en acciones concretas de resistencia ante el modelo de recorte económico. Redactamos petitorios, escribimos comunicados, recibimos el apoyo de docentes y jefes de departamento que arriesgaron sus propias posiciones para enfrentar las decisiones unilaterales de la administración, pero finalmente los contratos no fueron renovados. Mientras el país entraba en una recesión económica sólo comparable al crack de la bolsa de 1929, con niveles de desocupación inéditos, pasé cerca de dos meses buscando trabajo hasta que conseguí un contrato en

una universidad pequeña cerca de la frontera con West Virginia.

El verano pasó viendo cómo se profundizaban las contradicciones del capitalismo desde su centro: la conmoción por los asesinatos de George Floyd y Breanna Taylor, y el protagonismo que cobró el movimiento BLM en la escena política nacional. La universidad de William and Mary queda en Colonial Williamsburg, a 20 minutos del asentamiento histórico de Jamestowne, donde en 1607 se estableció la primera colonia inglesa en territorio norteamericano. El año pasado se conmemoraron los 400 años de la llegada de los primeros africanos esclavizados, precisamente en este territorio. Lejos de los grandes centros metropolitanos con protestas masivas, disturbios y represión, los estudiantes de William and Mary protagonizaron concentraciones diarias en el centro histórico del pueblo, enfrentando la indiferencia de muchos y la resistencia de unos pocos que contestaban "All lives matter" al verlos marchar. Los estudiantes trajeron a la memoria que la construcción de los edificios de la universidad se garantizó con mano de obra esclava, e iniciaron un proceso de desmonumentalización de esclavistas históricos al que la administración aún se resiste. Durante el receso de verano se produjo un escándalo cuando tomó conocimiento público que la administración de la universidad había contratado personal de seguridad específico para custodiar la estatua de Thomas Jefferson, prócer esclavista, gastando más dinero en esos salarios que en lo que costaría reincorporar al doble de trabajadores despedidos.

En los meses que siguieron al verano, y a medida que la crisis económica y las protestas antirracistas intensificaban este panorama

tenso, la pandemia funcionó como una especie de catalizador de un clima social que necesita producir un cambio. La aprobación de planes sociales o “relief packages” en el congreso para las masas de trabajadores desempleados son una moneda de negociación entre republicanos y demócratas, y mientras transitamos las últimas semanas de campaña electoral, el uso del barbijo en público dejó de ser una medida de prevención sanitaria para ser un signo de desaprobación política a la gestión de Trump y su manejo de la pandemia. Si bien alternativas radicales como la de Bernie Sanders quedaron fuera de la carrera electoral justo antes del inicio del confinamiento estricto, uno de los ejes más exitosos de su campaña, el acceso irrestricto a un sistema público de salud, logró instalarse en los meses posteriores a partir de la pandemia, y el candidato demócrata Joe Biden debió incorporarlo a su agenda en términos mucho más radicales de los que se hubiese esperado.

La memoria de las luchas sociales y antirracistas del pasado traen al presente un conjunto de demandas de cambio que no pueden seguir esperando, y que actualizan imaginarios de resistencia y cuestionamiento al sistema que parecían perdidas. El escenario electoral profundamente enrarecido por la pandemia, con amenazas de judicialización de los resultados electorales en el horizonte, es un panorama abierto para la emergencia de nuevas demandas de justicia racial y social que continuará en los años venideros, gane quien gane.

Celeste Cabral

13 de octubre de 2020

Lejos de Casa

Extrañarse estando a miles de kilómetros, océano de por medio, o extrañarse estando en el mismo país o misma ciudad. El virus y el aislamiento social que supuso la cuarentena han generado esa dislocación del espacio.

El virus, luego de China, siguió recorriendo Europa y mientras poco nos íbamos enterando de sus consecuencias, más crecían los fantasmas de su extensión. Llegué a ponerme contenta de no estar cerca de mi familia, sólo porque sentía que el virus estaba de este lado del océano y si me acercaba, a lo mejor yo era uno de esos casos asintomáticos que lo propagaría. En medio del caos, el pensamiento mágico era el menor de mis problemas.

Desde octubre de 2019, compartía casa con una pareja argentino-chilena en el mítico barrio del Albaicín en Granada. El piso, se encontraba en un edificio de 4 departamentos más. Al lado, vivía una napolitana, un mexicano, y una vasca, ellos con una terraza que te hacía sentir dentro de una postal frente a la Alhambra. En los pisos de abajo, se compartía patio, nosotros lo veíamos desde el balcón. Allí vivían, en una de las casas un gallego, un andalúz, y una pareja peruano-gaditana. En el otro, una francesa, un mallorquín y una vasca, pero ellos dos se fueron a pasar la cuarentena a casas de sus parejas. En total fuimos nueve personas, entre 25 y 44 años, todas estábamos lejos de casa. Y si bien éramos vecinos hacía tiempo, muchos no nos conocíamos ni habíamos hablado nunca. Ésa fue de las primeras paradojas de la

cuarentena: el aislamiento social nos mostraba cuán aislados solíamos vivir.

Comenzamos a dialogar entre balcón y ventanas, todos los pisos se comunican en el centro donde está el patio. También armamos un grupo de whatsapp. Al principio empezamos compartiendo las noticias, lo que se iba sabiendo: si se podía salir o no, a qué hora, si alguien necesitaba una compra, cómo estaba la ciudad, el país, el mundo. Y claro, como muchos al principio, pensamos que iban a ser quince días de confinamiento y luego volvíamos a retomar nuestras actividades suspendidas de momento. Por supuesto en el grupo empezaron a circular los memes y chistes que, al principio, nos hacían reír. El humor fue una de las armas para combatir la incertidumbre y el miedo en medio del des-conocimiento de lo que sucedía.

El patio funcionaba como un pulmón que unificaba los cuatro pisos. Desde arriba se escuchaba la música de Rubén con su guitarra o de Joka con los sikus, a veces Anne Claire se sumaba con la trompeta o David con la percusión. De la ventana del costado, la napolitana ofrecía café todas las mañanas para la "comunidad", pasándolos por la ventana. Ante la alternativa de tomar mate sola, me hice bastante adepta al café en ese tiempo.

A veces desde la terraza se escuchaba el zapateo de Cristo, el bailar de flamenco. Por ese patio también nos comunicábamos y compartíamos cómo estábamos. Otras veces íbamos a la terraza con Ann Claire a estirar o hacer un poco de yoga.

Lejos de casa, creamos comunidad

La cosa empezó a ponerse más seria hacia fines de marzo, luego de los primeros quince días, cuando los “estados de alarma” continuaban estirándose y no parecía llegar nunca la “vuelta a la normalidad”. Todos estábamos, en un sentido material, atravesados por la situación y comenzábamos a preocuparnos de verdad. En ese momento, la comunidad comenzó a organizarse. Con dudas y cierta sensación de culpabilidad (por juntarnos), nos reunimos en una de las casas. Hicimos nuestra primer asamblea. La necesidad de encuentro era tan grande que me recordó a las asambleas de centros de estudiantes en la universidad, en las que teníamos un largo temario, mezclada con un reencuentro entre viejos amigos que no se veían desde mucho tiempo atrás. En fin, hubo charla, hubo debate, hubo muchas risas y música. Al final del encuentro resolvimos que dos voceros hablarían con el casero del edificio y le explicarían la situación de la mayoría para ver qué podíamos hacer con el pago del alquiler. Nos encontrábamos expectantes de una posible nueva ley de alquileres, cuestión que no resultó a favor de inquilines sino más bien en la posibilidad de tomar préstamos para pagar los alquileres en plazos. Pensábamos que el casero podía ofrecernos este tipo de “facilidades” de pago y estábamos seguras que no serían verdaderas ayudas, la situación de algunos era preocupante. Entre la comunidad había músicos callejeros que vivían el día a día de lo que juntaban al salir a tocar. Un cocinero peruano que vendía su comida por encargo. Un bailar de flamenco que trabajaba en un tablado. Una de las chicas con un contrato precario en atención al público, en una perfumería que

cerró. Y así íbamos sumando situaciones, la mía era la de espera.

En diciembre de 2019 gracias a la Asociación Granadina de Recuperación de la Memoria Histórica fui por primera vez a una fosa común de víctimas del franquismo. Allí conocí un grupo de arqueólogos y antropólogos que trabajan en la provincia de Granada. Entre ellos y la Asociación llevan adelante las excavaciones y exhumaciones de fosas comunes para la dignificación, identificación y restitución de las víctimas a sus familiares. Luego de varias visitas y diálogos sobre los trabajos de memoria que se hacen en Argentina, y la experiencia en historia oral, estuvieron interesados en que me sumara a trabajar en la recopilación de historias de vida de los familiares de las víctimas. Este interés quedó pendiente de la aprobación del próximo proyecto que se presentaría en marzo para ser aprobado por el Ministerio de Justicia. Memoria histórica en España quedó relegada y prácticamente paralizada, cuando no directamente desfinanciada, hasta septiembre 2020 que se volvió a convocar proyectos con un recorte presupuestario preocupante.

Mi espera se fue transformando en desilusión. Aquel proyecto no iba a ser posible. Pero tanto y para tantos el 2020 había sido desilusión y duelos, que sentirme mal por mi pequeño mundo me resultaba vergonzoso. Así que la desilusión poco a poco se fue transformando en acción. Sobrevivir materialmente y continuar con la escritura de la tesis doctoral, fueron los dos ejes que me mantuvieron en tierra, aun cuando la pregunta si era tiempo de volver a Argentina no dejaba de darme vueltas.

La comunidad de Don Pepe

Don Pepe, el casero, es un hombre de unos cincuenta y pico de años, nacido y criado en el barrio del Albaicín en Granada. De familia gitana, Don Pepe ha sido albañil y ha arreglado los pisos que ahora alquila, todas propiedades de la familia que ha heredado. También tiene un tablado de Flamenco en el corazón del Sacromonte, la Cueva La Rocio, en la antigua casa de su tía. Entre primos y sobrinas llevan el negocio familiar, allí es conocido como "el Padrino". Para nosotres es Don Pepe.

Cuando Pablo y Carmen anunciaron a través del patio la respuesta de Don Pepe, la reacción de toda la comunidad fue como un grito de gol en medio de un estadio imaginario que reunía todas nuestras nacionalidades y regiones. Don Pepe se había solidarizado con los cuatro pisos, no cobrando el alquiler "hasta que la situación se aclare o normalice" para todes. Así estuvimos de abril a junio sin pagar el alquiler y cuando la situación fue abriéndose más, comenzamos a pagar la mitad hasta septiembre. La Comunidad de Don Pepe se había creado. Sentíamos la compañía, solidaridad y compañerismo en el medio del aislamiento.

Entre todes conformábamos un cuadro multicultural, plurinacional de clase media y popular de la cuarentena en Granada. Charlábamos, nos contábamos cómo estábamos y buscábamos alegrarnos cuando algune entraba en bajón. Nuestras familias estaban bien, nuestras amigas también pero los vaivenes emocionales eran una constante del encierro. Sin conocernos, nos fuimos intuyendo, percibiendo las

necesidades individuales a la par que resolvíamos las colectivas.

*Juntos, siendo “la comunidad de Don Pepe” logramos sentirnos
no tan lejos de casa.*

Andrea Raina

17 de noviembre de 2020

La pandemia y yo

Soy María de los Ángeles Figueroa y tengo 52 años, dos hijos y dos nietos. Un hermoso vínculo sanguíneo donde prevalece el amor mutuo. Tenemos problemas como los de cualquiera, pero eso no baja la intensidad de los sentimientos. Además tengo otros lazos de la vida donde la empatía y el cariño que nos supimos ganar con mi familia adquirida me llenan el alma.

*Siempre fui una guerrera, la adversidad muchas veces me abofeteaba y hasta me llegó a *knockear*. En esos tiempos arbitrarios, donde me costaba vislumbrar una salida y la tremenda pavora se apoderaba de mis ser, había algo que no me dejaba darme por vencida.*

Me había separado después de 24 años de casada. La primera gran decisión que tomé en años fue soltar aquello que me mataba sistemáticamente. Afirmando que cuando no estamos bien y vivimos ciertas cosas que nos desequilibran emocionalmente, no sólo nos enfermamos psicológicamente sino también físicamente. Después de la separación nunca más pisé un hospital, salvo por algún chequeo.

En este período tuve que tomar decisiones complicadas, puse en riesgo mi vida. Sin profundizar en el conflicto, les cuento que terminé detenida el 18 de Octubre del 2016. Ese golpe fue como un mazazo, pero sabía que en algún momento iba a suceder.

Fue complicado ese período en mi vida, donde estuve acompañada siempre de una sensación de soledad y devastación. Estaba en una cárcel, mundo hostil si los hay, donde no existe lógica salvo que la

tengas en tu puño, porque a golpes se entienden las cosas en ese lugar. ¿Diálogo? ¿Comunicación? Si, el celular o el teléfono tumbero, pero nada más.

Fui condenada a 4 años de prisión. 4 años sin ningún tipo de derechos, mal llamados beneficios, establecidos por el Código Penal.

Déjenme contarles, lectorxs: Se espera de nuestro comportamiento que sea como el de una carmelita descalza. Quieren que nos reinsertemos en la sociedad pero en este proceso de re inserción estamos solas. No hay acompañamiento para que no volvamos a cometer errores y tener problemas, otra vez, con la justicia. Muchas son las herramientas con las que nos debieran proveer si lo que buscan es cambiarnos y volvernos personas potables para la sociedad. Pero detrás de esos muros y rejas lo único que reina es el abandono total y sistemático que va desgastando nuestras ganas. Hay muchas compañeras que no lo soportan y toman la peor decisión. Q.E.P.D.

En este contexto el instinto de preservación se adueña de nuestro ser. La ley de la más fuerte es lo que pesa. Ahí empezamos a descubrir nuestro " otro yo ", ese que en circunstancias normales nunca hubiera asomado. Nos quedamos solas con nuestras almas en un mundo desconocido. Algunas son reincidentes y con la experiencia suficiente para detectar a las compañeras más vulnerables.

Si hay algo que había aprendido en el transcurso de mi vida fue a defenderme con palabras, pero no de otra manera. En la cárcel descubrí que podía defenderme de todas las maneras y esto terminó perjudicándome. No sólo somos juzgadas por nuestros delitos, sino también

por nuestros comportamientos sin importar las circunstancias en las que cometemos la falta disciplinaria. Parecen desconocer que no estamos conviviendo con niñas, y que hay que actuar forzosamente para cuidarnos y ganarnos respeto.

Les sigo contando: el departamento judicial de San Martín se caracteriza por su rigidez referida a estas cuestiones. Las sanciones son tomadas como faltas muy graves y por ende se convertirán en palos en la rueda para llegar a la libertad, en cualquiera de sus formas: salidas transitorias en la mitad de condena, libertad asistida o libertad condicional cuando llevamos $\frac{3}{4}$ partes de condena, o libertad asistida con agotamiento de pena cuando nos faltan 6 meses. No importaba que mi conducta hubiera sido 10 ejemplar y concepto muy bueno. Tampoco importaba que yo hubiera entendido las reglas del juego y me hubiera convertido en una de las mejores jugadoras: mi carácter instintivo e impulsivo de los primeros dos años de encierro me condenaban. Tenía que seguir privada de mi libertad.

Así que llevados 3 años y 5 meses de una condena de 4 años aparecieron las primeras noticias del Covid 19. Era fines de febrero del 2020. Las noticias decían que era un virus desconocido que atacaba el sistema respiratorio en principio y luego los órganos principales, también decían que provenía de China pero que traspasaba fronteras. Y de una endemia pasó a una pandemia. No teníamos mucha idea sobre lo que era porque en realidad era algo que estaba sorprendiendo al mundo, y hasta los científicos trataban con algo desconocido.

La información, cuando hay desconocimiento sobre un tema,

suele ser poco clarificadora. De a poco se tornaba más inquietante y avanzaba a pasos agigantados como un reguero de pólvora. Entonces llegó marzo y el primer contagiado de Covid 19. Según nuestra lógica no deberíamos contagiarnos, estábamos presas. Avanzaba la pandemia y la unidad penal n°8, donde me encontraba alojada, comenzó a organizar mesas de diálogo de carácter informativo con las internas. Bajábamos tres por pabellón ya que las autoridades no se manejaban con referentes. La primera medida fue la disposición sobre las visitas: no podían ir personas de la tercera edad y niños tampoco.

Esos días volvíamos al pabellón con la información y muchas compañeras se mostraban descontentas, pero les hacíamos comprender que debíamos cuidar de esta peste a las familias. El 19 de Marzo el presidente declaró el aislamiento social y la cuarentena obligatoria. Ya no podrían visitarnos nuestras familias.

En la semana siguiente fuimos otra vez convocadas por las autoridades para informarnos sobre un Habeas Corpus. Dicho documento debía ser realizado de puño y letra y debía ser enviado a los juzgados respectivos con el objetivo de pedir una morigeración o arresto domiciliario, pero sólo aquellas internas que tuviéramos patologías crónicas o enfermedades de riesgo. Por último, nos comunicaron que habían sido permitidos los celulares ya que no se sabía por cuánto tiempo se extendería la cuarentena impuesta por el Gobierno. Esa vez volvimos, otra vez, a los pabellones y les comunicamos todo lo hablado. Esta vez era distinto ya que teníamos mejores noticias: la posibilidad de poder irnos a casa y tener celulares sin ser sancionadas. Conseguí el modelo del do-

cumento y mis compañeras me pidieron que también se los hiciera. Hice 25 y dudé mucho en hacerlo para mí. Fue el último que escribí. Algunas compañeras tuvieron resultado positivo y otras no, rompiendo con sus ilusiones.

El 15 de Abril me dieron el arresto domiciliario. No lo podía creer. Así que ese día fue de mucha alegría y también tristeza ya que dejaba compañeras muy queridas libradas a su suerte.

Una vez afuera llegué a la casa de unos amigos, los cuales generosamente cedieron su hogar para que siga cumpliendo mi pena con el arresto domiciliario. Sin embargo, cada día empeoraba la situación. Ya en la calle accedía a las redes sociales y a todo tipo de información. Pensé que en algún momento el virus entraría a las cárceles y sería un efecto dominó ya que no tenían ningún tipo de chance a nivel de atención médica. Era paupérrima sin el Covid 19. ¡Cuanto más caótico sería todo! No me equivoqué, muchxs murieron y otrxs se suicidaron. Qué tristeza...

Y transcurrieron 5 meses y medio de arresto domiciliario sin pulsera y sin quebrantar la ley. Faltando 15 días para que cumpliera la condena vinieron a ponerme la pulsera. La justicia se maneja de una manera poco racional.

El 17 de octubre llegó el día tan esperado, pero ahora debía enfrentar la pandemia. Durante el arresto estuve en un ambiente controlado y responsable, donde el cuidado era lo primordial. Era lógico el temor a lo desconocido. Usar barbijo y tener que usar productos como alcohol en gel ante cada cosa que tocaba. Pero había llegado el momen-

to de irme de ese lugar.

Ahora vivo en Pilar, en La Lonja. La primera vez que salí a comprar fue desconcertante, nadie usaba barbijo, sólo yo, y no estaba acostumbrada. Es tan raro salir de un encierro para seguir encerrada. Tuve ataques de pánico la primera semana, y el Covid 19, más la falta de cuidados que había por parte de la gente no ayudaban mucho. Sigo siendo paciente de riesgo y la verdad es que no sé si me voy a contagiar, sólo espero no pasar por esa experiencia. La economía dificulta mis cuidados; ya que hay que conseguir el sustento.

Jamás imaginé que mi libertad sería condicional a esta situación de pandemia. Sólo espero sobrevivir a esto: tengo muchas cosas por hacer.

María de los Ángeles Figueroa